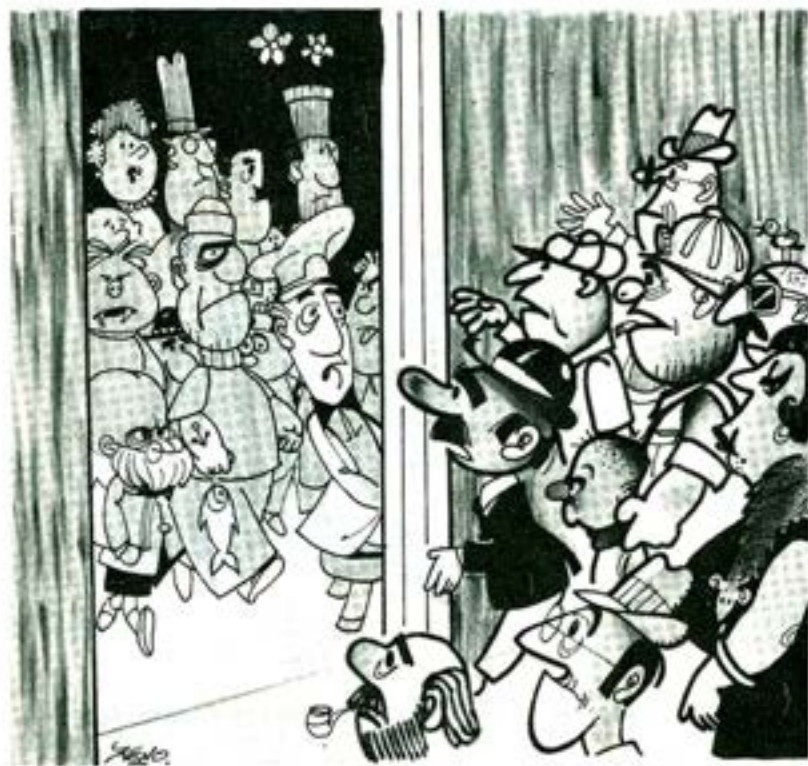


ASCENSORES



Por Juan A. Valencia V.

Ilustraciones/Eugenio Santiago



Estoy seguro, he mirado la dirección varias veces, es en este edificio, en el octavo piso, departamento 826, eso es. Me detengo frente a la entrada de los ascensores; hay varios cristianos esperando y sus miradas vagan de los números iluminados que indican la posición del ascensor a las personas que por un breve momento serán compañeros de viaje; somos muchos, me asalta la duda si tendremos cabida, varios con la misma duda se acercan más a la puerta dispuestos a ser los primeros en meterse. No digo entrar, porque la expresión de los rostros sólo da que pensar que se meterán de cabeza. La nueva posición de ataque, tan cercana a la puerta, los obliga a quebrarse el cogote para seguir la trayectoria del ascensor en los números. Está en el décimo primer piso, es el último y hace rato que está detenido. Las miradas y los cuellos torcidos; me pregunto si estos viejos podrán enderezar el pescuezo o tendrán que entrar mirando el cielo cuando se abra la puerta.

El número once sigue encendido. ¿Se habrá descompuesto, o el encargado terminaría su turno? ¿O iría a las casitas? Nos miramos unos a otros, menos los del cogote chueco; pensamos lo mismo, idan ganas de hacer una polla!

¡Al fin se apagó el número! Hay un momento de complacencia hacia adelante. El ascensor comienza a descender: diez, ocho, ¡qué pasó! quedó nuevamente detenido.

¡Puchas que se juntó gente! Aquí va a quedar la crema; todos muestran claros deseos de no perderse el viaje. Me dan ganas de subir a patas los ocho pisos, pero es cosa seria. La última vez, hace como cinco años, subí nada más que cinco pisos y me costó media hora la recuperación. Cuando se va subiendo no se siente, es al final el queso. No se puede hablar ni respirar, parece



que las costillas se achican o el corazón se agranda; las piernas tiritan y una extraña nube helada rodea el rostro. Lo peor es que todos se fijan y una leve sonrisa se dibuja en sus labios. Por lo menos podrían mover la cabeza de arriba hacia abajo. Me carga el movimiento de lado, pues entre otras cosas, puede significar: que uno ya no se la puede, que está sonando o que es un tarado.

Ahora quedó pegado en el cuarto. El ascensor del lado llegó, vomitó su carga, absorbió la otra y partió. Si me hubiera parado cerca de éste, ya estaría subiendo. Pero habría sido feo cambiarse de lugar; los de este grupo se sentirían traicionados y los otros me tomarían como invasor.

Lo que más rabia me da en estas esperas son unos chatos que nunca esperan, son unos afortunados de miéctica que llegan justo cuando el ascensor va a partir, ¡y los esperan! Agréguese a esto, que los pesados no apuran el tranco y menos agradecen la atención al ascensorista. Se meten y miran a los enjaulados como ordenándoles que se corran para darles espacio. Esta clase de tipejos es el mismo que aparece en una esquina y toma el taxi que después de larga espera lo vemos acercarse con tanto cariño. Una vez llegué a una esquina justo cuando venía un taxi, le hice señas y en el momento de tomarlo me di cuenta que otro fiato hacía rato esperaba; me dio vergüenza y le cedí el lugar: —Señor, usted tiene el derecho,

adelante. Recibí las gracias y quedé esperando mientras gozaba, recordando la mirada de sorpresa que me dieron el caballero y el chofer. Deben haber creído que era marciano.

Ya el ascensor viene en el entrepiso, los rostros se ponen tensos y cada cual se acerca más a la puerta, los del cogote torcido tratan de enderezarlo. Tendremos la guerra mundial cuando se abra la puerta. En realidad, los ascensores debieran tener dos puertas, una adelante para la carga y una trasera para la descarga (?), así se evitarían los choques como el que dentro de segundos se va a producir. ¡Se produjo! Las dos fuerzas quedan frente a frente, mirándose, no se ve señal de iniciar un diálogo, se miran fríamente; parece una película de Gansters. Si sacaran sendas pistolas no me sorprendería, quisiera cerrar los ojos o tirarme al suelo, pero no me atrevo. ¡Capaz que crean que soy alharaco!

¡Sucedió lo que temía! Ambas fuerzas emprenden el ataque y se lanzan adelante, resueltamente. Si no queda el desparro me debe a que con el último barniz de civilizados, se cruzan; mientras unos salen, los más descontrolados se meten hasta el fondo, simultáneamente. De los que venían en el ascensor, los últimos en salir, se les nota en la cara el susto ante el peligro de



quedar atrapados y tener que volver arriba. Trato de no quedar afuera y apechugo metiéndome de lado, ¡puchas! apenas alcanzo; es increíble la capacidad de estas jaulas, casi entraron todos. Los que quedaron afuera nos tiran miradas de odio, nosotros se las devolvemos con la indiferencia del vencedor. Una señora abundante que viene apareciendo recién, trata de entrar como si este viaje fuera el último. Nos apretamos un poco y, ¡cabel! Claro que los chicos quedaron prácticamente ocultos por el resto. Se van a fregar porque no podrán, durante la subida, disfrutar del hermoso cambio de luces en el indicador interior y al cual todos elevamos miradas como fieles que adoran a un Dios pagano.

Aprovecho de echar una mirada antes que las vísceras me lleguen a los talones. Hay un chato con un pucho encendido, como estamos tan estrechos tiene que llevar la mano levantada para no quemar al fiato del lado. Dos damas reanudan la conversación interrumpida por la entrada; como hablan fuerte y las dos al mismo tiempo, escuché lo siguiente:

La nunca María he se visto compró mujer un con vestido más feísimo mal fijaté gusto.



Esto fue lo que quedó grabado en mi mente. Como creí que estaba volviéndome loco, no quise escuchar más. Posteriormente, en casa y como tengo memoria de elefante, anoté la conversación en un papel. Me

puse lívido, en verdad algo me estaba fallando, no podía ser, ¡sí, tenía que ser! Las dos viejas se entendían perfectamente y era difícil pensar que las dos estuvieran locas. Al final, hice un descubrimiento. Cuando hablan dos damas creemos que lo hacen al mismo tiempo y que no se entienden, pero se entienden. Lo que pasa es que se intercalan las palabras como un engranaje. Si no me cree, léanlo alternado y verán que tengo razón.

Llegamos al tercer piso, todos cierran bien la boca para que no se les escape nada con la frenada de la jaula. Para ser ascensorista creo que hay que tener resistencia de marinero, si no, estos pobres viejos mueren desnutridos.

Naturalmente, los que se metieron primero y quedaron comprimidos en el fondo, son los primeros en salir y para ello se agitan desesperadamente mientras tratan de llegar a la puerta. Se produce algo así como una ebullición y quedamos un poquito más holgados. Los chicos que habían quedado comprimidos por las caderas de los no tan chicos, respiran e ingresan al grupo adorado de los números luminosos. ¡Qué tierno!, se les ve alegría en el rostro.

¡Qué desconsiderada es la gente!, salen como escapando del ascensor; nadie le dirige una sonrisa o un "gracias" al chofer de la jaula. Con razón cuando parten o frenan, lo hacen violentamente; me dan ganas de apretarme más el cinturón, por siaca. No sé qué haría con los pantalones en los tobillos.

El ascensor se detiene en el quinto piso y salen las damas cotorras, pero entran tres ñatos conversando como si hubieran entrado a una habitación privada. Deben ser de la casa, porque no miran ni indican el piso. ¡A lo mejor son los dueños! Nos imponemos de unas importantes transacciones comerciales y la inversión de varios millones con el agregado de un inminente viaje a Francia e Inglaterra en la mejor línea aérea. Pareciera que todo el resto hubiera dejado de hablar. Es cierto que cuando subíamos solamente lo hacían las cotorras, pero con estos ñatos quedamos más silenciosos, solamente podemos mirarnos entre sí, pero estamos todos de acuerdo. ¡A propósito!, yo creo que la transmisión del pensamiento o telepatía debiera estudiarse dentro de una jaula de ascensor. Es increíble la comunicación que se desarrolla entre los pasajeros. Si se conectara un alta voz a cada uno se podría escuchar frases como estas:



— ¡Puchas, la lola pa' buena!
— ¡De acuerdo!
— Esta vieja se echó un litro de colonia, ¡apesta! — A mí me recuerda a la suegra.
— ¡Desgraciado, crees que el ascensor es tuyo, no te corres ni por un queso! — ¡No me da la gana, y qué fue!

— Pueda ser que hoy día encuentre al abogado, este fresco es más difícil de pillar que el gordo de la lota.

Por suerte los "Management International" salieron en el séptimo piso. Ya estamos sueltitos, solamente entra un colega o amigo del ascensorista y escucho:

— ¡Hola!

— ¡Hola!

— ¿Fuiste?

— No, ¿y tú?

— Tampoco. Debe haber estado buena.

— Sí, yo supe que estuvo buena.

— Mañana voy.

— Yo también, nos vemos, ¡chao!

Nos miramos entre sí y estamos de acuerdo que nos han dejado recontra metidos. Se enciende el ocho y me acerco a la puerta, pero el ascensor sigue subiendo.

— ¡Oiga, yo le pedí el ocho!

— Señor, este ascensor para en los impares, el del lado se detiene en el ocho.

¡Por la pucha!, por estar mirando a estos cristianos no me fijé. ¡Qué diablos! Salgo por el nueve y bajo por la escala, mientras tanto siento que me pongo coloradito mientras escucho mentalmente:

— ¡Aturdido! Viejo ciego, fíjate donde te metes.

